

PIEDAD

Toda Europa se escurre a través de este puerto, toda esa masa que sube y baja, día tras día. Los ferris brincan sobre la marea, golpean contra los muelles de goma como si fueran pequeñas ballenas. Ahí está.

El mar.

Como cualquier otro mar, este podría encontrarse en cualquier otra parte. Todos los puertos son iguales. Abiertos al mundo y cerrados a la tierra, son los lugares más vulnerables, los más protegidos, porque es allí donde las leyes se acaban. Las aduanas ceden, el orden claudica, la historia queda atrás. Todos tienen los mismos canales dragados, los mismos barcos en busca de alguien que los libere de su carga, los mismos cruceros, con sus superestructuras completamente blancas, que se deslizan como espectros en la oscuridad mientras un nadador inocente pasa junto a ellos y otras naves más destartadas se aprestan a partir.

Al final de este muelle de Róterdam se eleva desafiante un viejo edificio con un par de torres y una cúpula de color verdete. Ahora es un hotel elegante, pero, en su día, fue la sede de una empresa que mandó a un millón de personas al otro lado del océano. No lo hizo de manera gratuita. Se trataba de un negocio burocrático, un intercambio eficiente. Si podían llegar hasta aquí, que vinieran. Por un precio.

Los carteles, pegados en las esquinas de las calles de los pueblos tierra adentro, prometían nuevas y brillantes oportunidades; así lo anunciaban las banderas de la compañía, que ondeaban entrelazadas con los colores de los dos países,

Países Bajos y Estados Unidos. La gente formaba una cola ordenada y larga como el continente: todos los hombres llevaban el mismo sombrero y el mismo abrigo, y todas las mujeres cargaban con las mismas bolsas y con los mismos niños. Y las mismas escenas se repetían por todo el mundo: los mismos edificios de ladrillo rojo, los mismos formularios oficiales, las mismas órdenes fijas.

Entonces, como si alguien se hubiera opuesto a aquella relación comercial, todo se detuvo de golpe.

Una noche, el centro de esta ciudad quedó destruido. En un ataque que duró quince minutos, cayeron 1500 bombas, 1000 personas murieron y otras 80 000 se quedaron sin hogar. En total, 2000 tiendas, 700 almacenes, 24 iglesias y 62 escuelas quedaron reducidas a escombros. Aquel puerto, que con tanto ajetreo había exportado gente, se vio sumido en la indigencia. Todas aquellas esperanzas parecieron hundirse en un lugar que ya se encontraba de por sí a dos metros por debajo del nivel del mar.

Seis meses después, los mismos aviones, los mismos pilotos asomados desde lo alto de sus cabinas, infligieron la misma suerte a mi ciudad de nacimiento, al otro lado del mar.

El 25 de noviembre de 1940, el Gobierno de Berlín emitió una nota de prensa que los periódicos norteamericanos publicaron junto a los artículos que anunciaban la próxima llegada de Papá Noel. El comunicado sostenía que varios escuadrones formados por un total de 250 aviones habían lanzado 300 toneladas de explosivos y 12 000 bombas incendiarias sobre Southampton. El puerto transatlántico, se informaba, había quedado convertido en una ruina humeante.

Intentaron destruir el mar.

La gente se metió bajo tierra como si fueran animales. Aquellos que no lograron llegar a los refugios —algunos de ellos, criptas medievales— se quedaron bajo los umbrales de las puertas, observando cómo la ciudad se desmorona-

ba a su alrededor. Al volver a casa del trabajo, mi madre se encontró con que su calle estaba velada por el humo. Hasta que no llegó al final de la misma, no descubrió que su casa permanecía intacta. Al heredar esos recuerdos me acerco al pasado. Nací en ese puerto, cuando este aún lucía las cicatrices de los bombardeos. Me crié con el sonido de las sirenas de niebla y el estruendo de los muelles. De niño, experimenté el carácter final de un lugar donde se iniciaban todas las demás cosas. La gente no hacía más que partir en busca de nuevas identidades, como si los que nos quedábamos atrás no dispusiéramos de una propia. Ningún puerto puede ser un hogar. Nadie es libre.

Hay un sentimiento permanente de reconstrucción y de creación, me dice Ellen mientras nos bajamos del ferri en Róterdam. Trabaja con Edgar en un estudio junto al embarcadero, produciendo imágenes del mar y del cielo que tienen un intenso color azul. El edificio, que en su día albergaba la fruta que llegaba de importación, presenta una enorme hendidura en el suelo, a través de la cual pueden hacer pasar sus obras de arte como si estuvieran destinadas a una bodega de carga. Ellen me dice que no vaya a nadar al muelle de abajo, por miedo a las cosas que pueda haber allí sumergidas.

Esa tarde salimos de la ciudad en coche, y dejamos atrás vastas refinerías camino de Zelanda. La luz es brillante, no hay nada que la amortigüe. Las casas se aferran a la tierra como lapas; sus tejados pronunciados se cobijan detrás de acequias color verde. No hay cortinas en las ventanas; según Ellen, es para demostrar que sus ocupantes no tienen nada que esconder. Se puede observar el ir y venir de cualquier persona o cosa.

Seguimos conduciendo hasta que la tierra llega a su fin. No tengo claro que el ser humano deba seguir aquí, no más que las vacas que pastan en el campo. Hace quinientos años, Durero llegó a este lugar en busca de una ballena. Aquel fue el punto de inflexión de su vida.

El año 1519 no había sido bueno para el artista. Su mecenas, Maximiliano I, emperador del Sacro Imperio Romano, había muerto, lo que lo dejó sin unos ingresos regulares. Las garantías habían desaparecido.

La situación de Durero es mala, dijo su amigo Willibald.

Era el artista más famoso al norte de Italia, pero estaba preocupado. Ya no era joven, el cuerpo comenzaba a fallarle. Si pierdo la vista y la destreza, las cosas no me irán bien, pensó.

Se vio sometido más que nunca a la melancolía saturnina, cuya influencia lo había perseguido desde siempre. Se había pasado la vida existiendo en el interior de su imaginación. ¿Írían las cosas de mal en peor a partir de ese momento? Tenía que tomar el control de la situación.

Al enterarse de que Carlos, el sobrino de diecinueve años de Maximiliano y heredero de este, iba a visitar a Enrique VIII, el rey inglés, Durero decidió seguirlo y solicitar una nueva pensión.

Sopesó sus opciones. Era una empresa cara y arriesgada; podría quedarse abandonado, sin nadie que hablase en su favor. Me lo imagino arribando en Southampton, con la marea baja, entre los almacenes, el barro y los ostreros. (El nuevo emperador sí vino de visita, dos años después, durante su segundo viaje a Inglaterra, y se trajo setecientos caballos consigo. El cardenal Wolsey no se mostró demasiado complacido).

Entonces, se anunció que Carlos iba a ser coronado en los Países Bajos, y Durero decidió que era mejor viajar hasta allí. Pero tenía un motivo mucho más apremiante para salir de Núremberg: la peste causaba estragos en las callejuelas de la ciudad, y el calor del verano estaba a punto de hacer que las cosas empeoraran. El ayuntamiento había decretado una administración de emergencia y los vecinos temían por

su vida. Quienes podían permitírselo, como los Imhoff, los adinerados mercaderes amigos de Durero, huían de la ciudad. De modo que, el 12 de julio de 1520, el artista partió en dirección oeste, hacia la costa, acompañado de su esposa, Agnes, y de la criada de ambos, Susanna.

Conocemos el resultado de la empresa —su viaje por el corazón de Europa, a caballo y en barco, navegando por varios ríos hasta llegar al mar— porque Durero lo puso todo por escrito. El diario de aquella travesía de un año de duración es el registro más completo que tenemos de su vida cotidiana, así como el menos interesante.

Durero siempre había sido un asalariado —se ganaba el jornal lo mismo cuando trabajaba que cuando viajaba—, y su diario está plagado de anotaciones sobre gastos e ingresos, algo en las antípodas de su imaginación desenfrenada. Cuatro siglos más tarde, cuando Roger Fry, crítico y artista de Bloomsbury, editó el diario de Durero, se sorprendió al descubrir que la actitud del artista cuando viajaba era en esencia contemporánea, como si hubiera tenido una guía de viajes Baedeker a mano. Esa contabilidad cotidiana contrastaba con otro diario citado por Fry, uno que fue escrito solo cincuenta años antes que el de Durero, pero que describía un mundo diferente.

En 1465, el barón Leo von Rozmital salió de Praga en dirección a Núremberg con un séquito de cincuenta y dos caballos y cuarenta compatriotas; el largo de sus bohemias cabelleras llamó mucho la atención. Durante sus viajes, el barón se topó con mujeres francesas de cabeza rapada y vio a una madre y su hijo caer en el Loira para resurgir tres kilómetros y medio río abajo, distancia que habían recorrido bajo el agua de manera milagrosa. Describió Inglaterra como un jardín cercado por el mar, contó que el rey de Portugal esnifaba excrementos de civeta para repeler la peste, y atravesó un valle ibérico repleto de dragones alados. Fue como si el profesor Challenger, recién llegado del Mundo Perdido, observara un pterodáctilo volar a lo largo de Regent Street.

Aquello no tenía nada que ver con la Europa ordenada que Durero conoció, un lugar de impuestos y de imprentas. Pese a ello, ninguna de las historias del barón habría sorprendido al público del artista, ya que el propio Durero les había llenado la cabeza de monstruos con cabeza de hidra, demonios de ojos porcinos y jinetes devorados por gusanos que arrasaban con todo en parajes inhóspitos. Sus criaturas apocalípticas eran ficción, quimeras conformadas a partir de fragmentos del mundo real que él conocía. Y, mientras los dibujaba, el artista derrotaba a aquellos monstruos, los mandaba camino de la extinción. Antes de Durero, los dragones existían; después de él, ya no. Los únicos dragones que nos quedaron fueron los que poblaban nuestro subconsciente, como diría Carl Jung.

Fry, que había leído la obra del rival de Jung, Sigmund Freud, hizo que Durero se recostara en el diván. Decidió que el ámbito doméstico había arruinado al artista. En su opinión psicoanalítica y racional, el alemán se había tornado irremediabilmente burgués y estaba constreñido por el matrimonio y por el dinero, elementos que acabaron con la alegría y la elasticidad de su naturaleza. Allí donde Von Rozmital contaba historias fantásticas, el gran artista se limitaba a los detalles más aburridos, informando incesantemente sobre las fronteras en las que había mostrado su pasaporte, emitido por el príncipe-obispo de Bamberg, para que le dejaran pasar sin problemas; calculando la cantidad exacta de florines que se había gastado en una botella de vino o en comprar unos zapatos; o cambiando grabados por un grano de cacao procedente de la India, un látigo turco, dos loros metidos en su jaula, un abrigo de piel de conejo, un trozo de tiza de color rojo, unas piñas de abeto, un mantón y una pequeña calavera de marfil.

Fry estaba exasperado. ¿Qué hacía su héroe con tantas bagatelas infantiles, con aquellos bastones de azúcar y cuernos de búfalo? ¿Y cómo era posible, se preguntó Fry, que

se mencionaran tan pocas grandes obras del arte flamenco? ¡Que cambiara sus hermosas piezas por loros! Los artistas así, pobres ingenuos, me parecen realmente entrañables —y Goethe, el gran dramaturgo, estaría de acuerdo.

Ninguno de ellos se dio cuenta de que todo ese embrollo y contabilidad eran un disfraz, una forma de camuflar su capacidad de maravillarse como un niño. Durero parecía preocupado por las facturas de los adultos, pero apuntalaba su imaginación con la gloriosa *coseidad* de las cosas. Era un niño pequeño que, sentado en el suelo de un museo, dibujaba un dinosaurio.

A Lazarus Ravensburger —un comerciante alemán con apellido de ave de rapiña— Durero le entregó un grabado de San Jerónimo en su gabinete, además de tres caros libros de gran tamaño. A cambio, recibió una aleta grande, cinco conchas de nautilo, dos pescados secos, un coral blanco y un coral rojo, además de cuatro flechas de bambú y cuatro medallas de plata y otras cinco de cobre. A su juicio, fue un buen trato. Envío baúles enormes llenos de ese tipo de cosas de vuelta a Núremberg, pero sus adquisiciones más valiosas solo se las confió a un sacerdote amigo: un caparazón de tortuga de buen tamaño, un broquel hecho con piel de pescado, una pipa larga, un escudo alto, una aleta de tiburón y dos pequeñas vasijas de limón confitado y de alcaparras. En una época de transacciones extraordinarias, Durero comerciaba con sueños.

He recibido un total de 8 florines por 2 grabados de Adán y Eva, anotó, 1 monstruo marino, 1 Jerónimo, 1 caballero, 1 némesis, 1 Eustaquio, 1 estampa, otros 17 grabados al aguafuerte, 8 estampas tamaño cuartilla, 19 xilografías, 7 de las xilografías estropeadas, 2 libros y 10 pequeñas xilografías de la Pasión.

Compré un par de calcetines por 1 stiver.

El artista se pasó ese verano vendiendo y regalando su trabajo, buscando nuevas diversiones, nuevas sensaciones. Y tampoco es que dejara de cosechar honores. Fue recibido en espléndidas ciudades, desde Colonia y Bruselas hasta Amberes, donde los miembros del gremio de pintores se ponían en pie a ambos lados de la mesa mientras Durero entraba en el comedor. Era su señor durante un día, y sus colegas intentaban convencerlo para que se quedara.

Amberes era el puerto comercial más pudiente del norte de Europa, y se disponía a celebrar la coronación. En un depósito que se utilizaba para almacenar pieles y lana, docenas de pintores estaban inmersos en los preparativos para una exhibición triunfal dedicada al emperador: cuatrocientos arcos, de trece metros de ancho cada uno, que se colocarían a lo largo de la calle, donde se representarían obras de teatro y mujeres jóvenes harían de estatuas vivientes (aunque sin desnudarse, como algunos habían sugerido).

Durero observó la procesión como si fuera un niño durante el carnaval, sosteniendo un palito de guirnalda de papel en la mano. Desfilaban los portacirios y las trompetas francas, así como los tres Reyes Magos sobre enormes camellos y otros curiosos animales, todos muy bien arreglados. Al final apareció un gran dragón que santa Margarita y sus doncellas guiaban con unas correas atadas a sus cintos. Pero Durero estaba a punto de ser testigo de algo más sensacional, y no ocurriría durante aquel desfile callejero, sino en el ayuntamiento.

Vi los huesos del gigante, anotó maravillado en su diario. Por encima de la rodilla, su pierna mide 1,67 centímetros, y es desmesuradamente gruesa y pesada, igual que sus omóplatos —solo uno de ellos ya es más ancho que la espalda de un hombre fuerte— y el resto de sus extremidades. El hombre medía 5,5 metros, había gobernado Amberes y protagonizado grandes hazañas, algo de lo que dan buena cuenta los escritos de un viejo libro que se encuentra en posesión de los señores de la ciudad.

Se decía que esas reliquias —un omóplato, una costilla y un material hirsuto como las cerdas de una escoba— procedían de un gigante cuya mano, al ser asesinado, había sido arrojada al mar, bautizando así a la ciudad: *ant*, mano, y *werpen*, arrojada. En realidad, se trataba de los huesos de una ballena boreal, un cetáceo del Ártico que podía llegar a vivir trescientos años y que solo encuentra rival en el tiburón de Groenlandia: un ejemplar nacido en tiempos de Durero podría seguir nadando a día de hoy en el mar verde y oscuro. Incluso para un artista era imposible imaginar tales criaturas, evocar la carne que había cubierto esos huesos. Y aún no se había repuesto del espectáculo que suponían aquellos restos cuando otro prodigio apareció ante él.

Era como si los animales lo guiaran. En el ayuntamiento de Bruselas vio una monstruosidad enorme que parecía hecha con piedras cuadradas. Medía una braza, afirmó, de gran grosor, con un peso de hasta sesenta arrobas, y tiene la forma que aquí aparece dibujada.

Su boceto no ha llegado hasta nosotros, pero a sus ojos, aquellos huesos eran casi arquitectónicos. Lo cual era comprensible, ya que las ballenas tenían la costumbre de engalanar los edificios con sus costillas y su sufrimiento. Por ejemplo, en la catedral de San Esteban en Halberstadt, Sajonia, una vértebra que, según se cree, perteneció al pez que se tragó a Jonás, cuelga de un pilar a modo de protección contra las inundaciones; ensartado alrededor de otra columna había un belemnite, un fósil cilíndrico creado por un rayo que podía repeler cualquier incendio, ya que había surgido del fuego. Había otros amuletos gigantes decorando las casas de Dios igual que las piedras brujas adornaban una cabaña de pescadores. En la catedral de Cracovia, la mandíbula de una ballena unía los huesos de un rinoceronte lanudo y de un mamut. Uno de los patios del palacio londinense de Whitehall fue bautizado como Whalebone Court por los huesos que allí había dispuestos. Y, en Verona, una costilla



de ballena se mecía sobre un arco callejero del mismo modo en que un amante se asomaría a un balcón. A los vecinos les traía ya sin cuidado. En un cuadro de Pieter Saenredam de 1657, otra costilla cuelga del ayuntamiento de Ámsterdam. Los mercaderes están entretenidos charlando e ignoran el juicio que se cierne sobre sus cabezas.

Las ballenas se convirtieron en lo que nosotros deseábamos que fueran, lo que esperábamos de ellas: que cumplieran con su deber encomendado por Dios. Aun así, por mucho que las hubieran reducido a aceite, conservaban un sentido de lo sensacional. Durero quedó conmovido por aquellas maravillas, que representaban un gran desafío y una fascinación ante sus ojos de artista por lo difícil que resultaba comprenderlas. Tal y como sucedía con Dios, nadie se ponía de acuerdo sobre su verdadero aspecto, ni sobre aquello que serían capaces de hacer.

Las ballenas cargaban con toda esa ignorancia sobre sus lomos, agobiadas por los malabarismos de académicos y ar-

tistas. Durero era más sensato. Llevaba leyendo sobre esas criaturas desde niño, pese a que su fuente fuera tan vieja como una ballena o un tiburón.

El monje del siglo XIII Albertus Magnus, Alberto Magno de Colonia, hizo honor a su nombre. Zoólogo, astrólogo, mineralogista, filósofo y alquimista, fue el primer autor moderno que describió con cierto grado de precisión la apariencia y el comportamiento de las ballenas. Su curiosidad insaciable y sus logros académicos le valieron el título honorario de *doctor universalis*; sus experimentos le granjearon una reputación de mago. Su mejor truco fue impresionante de veras: recibió, durante una visión, los planos de la catedral de Colonia, aunque tardarían seis siglos en acabarla. La grúa seguía plantada sobre la torre a medio construir cuando Herman Melville visitó el lugar en 1849, lo que llevó al joven norteamericano a lamentarse: ¡Oh, Tiempo, Fuerza, Dinero y Paciencia!

Es posible que Alberto fuera historia para Durero y que llevara muchos años muerto, pero continuaba ejerciendo un poder extraordinario. No solo le prestó su nombre al artista, sino que inició a sus compatriotas alemanes en los secretos del mundo natural.

Nacido en Baviera, cerca de Núremberg, en torno al año 1200, siendo un joven de belleza viril y complexión robusta, Alberto Magno asistió a la Universidad de Padua, donde, durante un seminario excepcional, una estatua de la Virgen María se dirigió a él para decirle que debía unirse a los dominicos y estudiar ciencia. Por consiguiente, decidió abandonar el océano del mundo, tan fecundo en naufragios, y buscar refugio en el puerto seguro de la vida monástica. Trabajando en la monotonía y oscuridad de su intelecto, Alberto Magno rogó para que le concedieran el don de la filosofía científica. Mientras lo hacía, la Virgen

se le volvió a aparecer, inundando su celda de luz. Accedió graciosamente a su ruego, a condición de que, al final de su vida, recuperara su inocencia infantil. Alberto aceptó el trato, aunque también creía que mil años después Satán camparía a sus anchas por el mundo.

Después de enseñar en Friburgo, Ratisbona y Estrasburgo, Alberto Magno llegó a París, donde se convirtió en el autor más prolífico de la Edad Media. Recuperando conocimientos antiguos de Plinio y Aristóteles, introdujo un nuevo concepto de investigación en el mundo medieval. Uno de sus experimentos consistió en mojar un escorpión en aceite de oliva y dejarlo en un contenedor de cristal durante veintiún días para descubrir si la medida actuaba como antídoto contra su veneno. El insecto murió al vigésimo segundo día. En otra prueba —tal y como relata el profesor Kenneth F. Kitchell de Massachusetts—, el monje colocó una araña sobre una parrilla al rojo vivo y otra sobre la llama de una vela, para investigar la tesis de que el animal poseía una naturaleza fría, igual que la salamandra, y era inmune al fuego. No resultó ser así.

El profesor Kitchell observó que, mientras que las conclusiones de Alberto Magno a menudo carecían de cualquier valor científico, sus métodos eran del mayor interés pese a desviarse hacia la alquimia, del árabe *al-kimia*, la química original. Incluso manifestó haber sido testigo de la transmutación del metal común en oro.

Un día, en ausencia de Alberto Magno, su aprendiz, Tomás de Aquino, entró al taller del maestro y descubrió allí instrumentos y recipientes extraños. Al otro lado de una cortina de color escarlata había un hermoso talismán, la figurilla de una muchacha, que le interpeló: *Salve, salve, salve*. Creyendo que se trataba de un demonio, Tomás dijo: Apártate de mí, Satanás, y golpeó la figura hasta hacerla pedazos. En ese momento apareció su maestro, quien le reprendió: ¡Has destruido en un instante treinta años de trabajo!